

Encuentro: El patrimonio cultural como desafío institucional

Mediación cultural como transductor. De patrimonio a la formación de ciudadanía

Jessica Ramírez Méndez
CNMH

Esta ponencia tiene como propósito presentar el proyecto de investigación “Historia, urbanismo y patrimonio cultural” para después detenerme un poco en uno de los aspectos que, como parte de él, estoy trabajando actualmente como lo es la mediación cultural.

Cuando ingresé al INAH comencé a estudiar, como lo solicitaba la plaza, la zona oriente del centro histórico de la Ciudad de México enfocándome en sus monumentos históricos. Pero, como sabemos, el concepto de los monumentos y la aproximación a los mismos se ha ido transformando. Así, conforme avancé en la investigación fue necesario adentrarme en el tejido urbano. Más en concreto, acercarme a los inmuebles con reminiscencias virreinales me exigió reflexionar en torno a su territorialidad. Esto que, para el caso del proyecto entiendo como los diferentes poderes e influencias que un inmueble despliega a partir de los actores que se han involucrado en él a lo largo de su devenir; es precisamente la potestad que ese edificio ejerce en un espacio la que lo delimita y diferencia de los otros más allá de su aspecto físico. Entonces, el estudio de un monumento histórico implica estudiar el espacio socialmente edificado a través del tiempo.

El inmueble así entendido, es un agente que participa en la sociedad, sea promoviendo actividades, estilos artísticos y arquitectónicos, actitudes, formas de relacionarse, etcétera. En ese sentido, más allá de datarlo, tenemos que preguntarnos, en qué coyuntura se inicia su construcción, qué problemas enfrentó para fundarse, quiénes promovieron su fundación y quiénes la atacaron, cómo lo han visto sus contemporáneos,

quiénes lo han mantenido y conservado, a quiénes ha albergado, qué significado se les ha dado en distintos momentos de su historia y qué lugar ha ocupado dentro del conjunto de la ciudad. Responder a este tipo de preguntas da cuenta de la interacción de la edificación con la sociedad a la que ha pertenecido.

Precisamente dentro del marco del patrimonio cultural podemos atender conceptos relacionados con el inmueble como: historia, urbanismo, territorio, zona histórica, etcétera, pues ése tiene como premisa la conservación de la memoria en una constante búsqueda de sentido e identidad; memoria que en este proyecto se rescata, construye y reconstruye a partir de los inmuebles históricos y los territorios en los que se encuentran.

El patrimonio material se ha definido como la transmisión de mensajes culturales vía objetos. Particularmente, respecto a los bienes inmuebles, se ha señalado cómo en la arquitectura y, en un espectro más amplio, en el urbanismo, el hombre organiza el lugar que habita y vierte en él su forma de pensar el mundo. Por lo cual, mediante las decisiones que el individuo toma para conformar cada uno de los espacios, así como las modificaciones a las que los somete, transmite su concepción de la cotidianidad en la sociedad de su época. A partir ello considero que, para entender la dinámica de los inmuebles, es preciso tomar en cuenta su ubicación y el espacio en el que se insertaron; en síntesis, estamos hablando de una aproximación a las tramas semántico espaciales que configura el inmueble.

Por ello, la propuesta se basó en estudiar las edificaciones no sólo por su aspecto físico, como un recuento de datos cronológicos que marcan sus modificaciones formales, sino como espacios sociales imbricados en el tejido urbano; esto es, como sitios simbólicos y de identidad, representativos de y para la sociedad en la que se edifican. En suma, este tipo de investigaciones permite tomar decisiones de la preservación o no de ciertas estructuras o

elementos, así como en torno al discurso que puede generarse a partir de él dependiendo del significado que han tenido y tienen. Objetivos que persigue la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH en la que está adscrito el proyecto, con el cual me he centrado en el estudio de los centros históricos; hasta la fecha me he acercado al de la ciudad de México, Puebla y Morelia.

Actualmente el patrimonio se concibe como un elemento identitario; es decir, a partir de él las sociedades buscan entenderse y reconciliarse con su ámbito cultural presente e histórico. De ahí que este proyecto se inserta en esas aspiraciones de proponer puentes que permitan que las políticas de protección y gestión de nuestro patrimonio en general avancen en torno a la salvaguardia de las prácticas sociales y culturales, no necesariamente comunes, pero igualmente ricas. Así, generar conocimiento más profundo de los inmuebles a partir del significado que tuvieron en la sociedad que los erigió y su transformación en el tiempo permitirá entender en gran medida la dinámica que aún hoy pervive en torno a esos espacios. Pero una vez que tenemos estos conocimientos ¿qué hacemos con ellos? Por supuesto que ya para este momento, esos conocimientos se han obtenido a partir del trabajo documental pero también del realizado con la sociedad que vive el inmueble; si no, tendríamos una visión incompleta del mismo. Precisamente, como explicaré a continuación, la mediación cultural posibilitaría reforzar la relación entre el inmueble, la comunidad que lo vive diariamente y quien lo visita, esto para la transmisión, reforzamiento y pervivencia de los valores culturales.

Los valores culturales son aquellos conceptos, creencias y actividades que permiten al ser humano comunicarse y desenvolverse para vivir armónicamente en sociedad. A partir de estos valores culturales comunes, se conforman lazos que hacen que los sujetos se unan, unos con otros, formando un tejido con características específicas, integrando lo individual

con lo social (Velásquez 2013). En este sentido, la aproximación al patrimonio puede ser una oportunidad para extender tales lazos identitarios en favor de una mejor convivencia y entendimiento; labor que debiera desarrollar un mediador cultural.

Sin profundizar aquí en ello, es necesario distinguir entre el gestor y el mediador cultural como se entiende en el proyecto, ya que a veces se les asume en el mismo papel, aunque no por ello omito decir que no son definiciones únicas ni consensuadas. Al gestor podemos entenderlo como al encargado de promover, diseñar y efectuar proyectos culturales. En ese sentido, se trata de la realización de un conjunto de acciones de dirección, coordinación, planificación, evaluación, seguimiento y ejecución destinadas a facilitar, promover, estimular, conservar y difundir las diferentes actividades y manifestaciones culturales (González y Ben 2014).

Por su parte, el mediador cultural es un agente social que tiene por responsabilidad mantener activa la comunicación entre dos o más culturas, definiendo cultura como el conjunto de modos de vida –saberes, creencias y pautas de conducta– de un grupo social, que quedan expresados en medios tangibles e intangibles. Así, el mediador cultural puede fungir como un puente entre la comunidad local o foránea y el patrimonio como representante de una cultura pasada; pero también –y esto es en lo que me detendré– puede ser un enlace entre la comunidad a la que pertenece ese patrimonio (comunidad visitada) y quien lo visita (comunidad visitante).

El concepto del mediador cultural ha estado presente en el ámbito de la psicología desde los años sesenta y se afianzó, sobre todo, a principios de los ochenta con el libro editado por Stephen Bochner, *The mediating person: Bridges between cultures*. En él se definió al mediador como el individuo que sirve como un vínculo entre dos o más culturas y sistemas

sociales (Bochner 1981, 3). Algunos de sus presupuestos conceptuales y metodológicos fueron retomados en los ámbitos culturales y, especialmente, en el de la lingüística para emprender la reflexión. Esta última, desde sus propias necesidades, ha trabajado con la figura del mediador, en contraposición a la del traductor. De hecho, la lingüística puede enseñarnos mucho al respecto de la figura del mediador, sobre todo por los resultados que han arrojado diversos trabajos que han realizado con migrantes y refugiados, una realidad tan recurrente en los últimos años (Santana 2013, 33-34).

La pregunta guía es ¿Cuáles son los presupuestos de los que parte el mediador cultural para lograr la socialización del patrimonio y con ello, el fortalecimiento de los lazos de identidad?

1) No hay comunidades receptoras. Cada vez más, la comunidad visitada se ha involucrado de distintas maneras en los procesos de dar a conocer su patrimonio, por lo cual han surgido nuevas prácticas y una sociedad más dinámica y comprometida con su propia identidad. En este sentido, difícilmente podemos hablar ya de comunidades receptoras pues esto lleva implícito entenderlas como entidades pasivas, que adoptan modelos culturales importados por los visitantes sin, a su vez, aportarles algo a ellos.

2) No hay desigualdad cultural entre visitados y visitantes. A veces, pensar la relación entre la comunidad visitada y la visitante, suele llevar implícita una imagen de desigualdad socio-económica –el que lleva el dinero y el que lo recibe–. No obstante, el mediador trabaja con sociedades culturalmente distintas, no por ello desiguales, entre las que debe establecerse una comunicación; así, el equipamiento de ambos actores y, de hecho, de los tres, incluyendo al mediador, no radica en sus posibilidades económicas o en su nivel educativo, por

mencionar algunos ejemplos, sino en su cultura –lengua, tradiciones, costumbres, formas de ver el mundo–.

3) El mediador cultural no trabaja para los visitantes, sino en conjunto con ellos y la comunidad visitada. El mediador debe buscar la interacción cultural que permita a las partes involucradas enriquecerse y ampliar sus marcos mentales; es decir, participan tres interlocutores: el visitado, el visitante y el propio mediador. A partir del trabajo conjunto, el visitante tendría que replantearse los modelos culturales idealizados antes de su visita; el visitado tendría que dejar de ser una comunidad receptora para convertirse en una activa en la divulgación de su patrimonio; y el mediador debería ampliar sus círculos identitarios con las novedades que surjan de este trinomio. Se trata de diluir la división conceptual –que no las características culturales propias– entre quien visita, quien vive en el lugar y quien media para establecer una correcta comunicación. En conjunto, el contacto y la convivencia tendría que ser, para cada una de las partes, la oportunidad de plantearse otras formas de entender la realidad; después de todo, uno de los elementos más valiosos del aprendizaje es la posibilidad de enfrentar situaciones y problemas de formas diferentes, es decir, trazar nuevos caminos para llegar a distintas partes antes no conocidas.

4) La recepción de foráneos en un espacio patrimonial debe abordarse como un fenómeno intercultural. Conforme un individuo aumenta sus relaciones sociales, en los diferentes ámbitos en los que se desenvuelve, va modificando y adaptando constantemente sus comportamientos, actitudes y valores a las nuevas realidades, las cuales se denominan mudanzas culturales.

No estamos hablando de aculturación, sino de un entrecruzamiento de culturas que permite el enriquecimiento de la propia. Después de todo, hay que recordar que la identidad

no es algo dado, sino un elemento en proceso de construcción permanente, misma que hay que entender de manera plural y dinámica (Martins 2006, 30). Una misma persona puede pertenecer a distintos círculos identitarios y, en la medida en la que los amplíe, mayor será su índice de aceptación a lo diferente. Así, la visita de un foráneo debe ser un ejercicio de influencias recíprocas a partir de la interacción de dos o más culturas; después de todo es un tiempo y espacio privilegiados para que ocurra la mudanza cultural.

5) El mediador cultural no es un traductor, sino un transductor. La tarea del mediador cultural no es traducir el conocimiento académico a un lenguaje asequible para el gran público. Su labor consiste en transformar una energía de entrada, en otra distinta de salida; es decir, convertir el acercamiento para con el objeto patrimonial en un nuevo círculo identitario común a las partes involucradas, que pueda tener entre sus resultados, mayor tolerancia hacia la diferencia tanto entre los visitados como entre los visitantes.

6) El mediador cultural debe generar una comunicación efectiva. La comunicación es apropiada cuando el mensaje se adecúa a un determinado contexto. Se requiere para ello *conocimiento* –información de las culturas implicadas–, *motivación* –el deseo de comunicar apropiadamente– y *capacidad* –detectar y tener un comportamiento correcto en un determinado contexto comunicativo– (Brito 2010). Una comunicación efectiva logra el desenvolvimiento de una sensibilidad intercultural necesaria para lograr el objetivo final que es, precisamente, ampliar la experiencia en torno a la diferencia cultural y, con ello, convertir el encuentro en un espacio privilegiado para una convivencia menos xenófoba y más abierta a la diversidad en general.

Donna Haumphrey ha dividido esta sensibilidad en estadios: negación, defensa, minimización, aceptación, adaptación e integración. Los primeros tres estadios son

etnocéntricos, en tanto que la propia cultura es vista como única y mejor, mientras que los últimos tres, son etnorelativos, que tiene que ver con un pensamiento positivo ante la diferencia cultural. De ahí que el mediador debe generar una comunicación cuyo resultado sea una mayor sensibilidad intercultural, que esté en el rango de los últimos tres estadios, para constituir un ambiente inclusivo, basado en la diversidad cultural (Humphrey 2007, 24-25).

7) El mediador cultural sólo puede ser el resultado del trabajo multidisciplinario. Detrás de un mediador cultural, que es quien suele dar la cara a las culturas que pretende enlazar, se requiere de un grupo de mediación cultural. Éste es un conjunto de personas de disciplinas diversas (sociología, antropología, psicología social, geografía, historia e historia del arte, urbanismo, economía, lingüística, pedagogía y comunicaciones) que trabajan multidisciplinariamente con el objetivo de generar materiales que posibiliten las relaciones interculturales ya que, al ser tan complejas, un solo enfoque no basta.

8) El mediador cultural debe ir más allá de los espacios mejor definidos. El trabajo del mediador cultural debe rebasar el límite que le marcan ciertos espacios: una zona de monumentos, pueblos y pequeñas ciudades o, en el caso de las grandes ciudades, los museos o los centros históricos. Si bien es cierto son espacios y, por lo tanto, comunidades en primera instancia mejor delimitadas, los retos sociales van más allá de esas zonas. Entre otras cosas, esto puede generar relaciones complementarias entre actores y territorios diversos que, en lugar de verse como antagónicos o en competencia, se complementen (Nalebuff y Bradenburger 1996; Battista 2007, 87-98). Aunque nuestro interés esté en lugares definidos como los centros históricos, podremos profundizar en su estudio, acrecentar las posibilidades

de su conservación, extender su impacto cultural, en la medida en la que ampliamos sus relaciones y, en ese sentido, el tejido social que sustenta, más allá de sus fronteras.

Pero, ¿dónde se desarrolla concretamente la actividad de un mediador cultural? En realidad, tiene muchas posibilidades. El patrimonio puede encontrarse presentado de distintas maneras; es decir, sin señalización, a veces someramente explicado, otras, acompañado de exposiciones o también hay algunos más desarrollados donde se incorporan elementos como centros de interpretación.

Precisamente la variedad del patrimonio existente –seleccionado como tal– y las formas en las que está presentado de cara a la sociedad, lleva consigo la necesidad de generar técnicas de divulgación para su interpretación *in situ*. Se trata de interpretar y aproximar un espacio definido por ciertas características al visitante, con sus propios valores arquitectónicos, medioambientales, paisajísticos, artísticos... en conjunto, sociales. De ahí que es necesaria la participación del mediador elaborando los materiales que le permitan al visitante acercarse a él y generar esas transferencias culturales de las que se hablaban arriba. Tales herramientas pueden ser, sólo por mencionar unos ejemplos, elaboración y realización de recorridos culturales, la impartición de charlas o la generación de cédulas informativas.

Como ya mencioné, la complicación de la generación de estas herramientas y de ahí la necesidad no sólo del mediador sino de un grupo multidisciplinario detrás de él, está en que cada uno de los elementos que ofrezcamos al visitante no debe ser unidireccional. El acercamiento de alguien al patrimonio debiera verse como una circunstancia privilegiada, donde los grupos participantes aspiran a generar interacciones interculturales que nos permitan ampliar o crear nuevos círculos identitarios. Con ello, un mediador capacitado atenuaría problemas sociales presentes en el mundo actual.

Queda aún un largo camino por andar y muchas preguntas por responder; no obstante, es necesario seguir reflexionando al respecto y poner las ideas en práctica a partir del trabajo multidisciplinario. El mediador tendrá que trabajar en vencer las dificultades que conlleva la transferencia de significados ya que, lo que tiene valor como signo en una comunidad cultural, puede estar desprovisto de significación en otra. Para ello, el mediador cultural, más allá de estimular, promover la reflexión, provocar y, en el mejor de los casos, comprometer, tiene como función lograr un diálogo entre culturas. Su objetivo final es generar mudanzas culturales que permitan ampliar los lazos identitarios interculturales a partir del patrimonio, concibiéndolo como un transmisor de valores que son los que dan sentido, primero, a la comunidad misma, y luego, a los diversos grupos humanos.

Como se ve, el proyecto pretende incidir en las aportaciones que conlleva la mediación cultural, aunque aún falta un largo camino por andar. De momento, el avance del proyecto ha sido generar textos publicados en revistas especializadas que hacen aportaciones metodológicas, teóricas, pero también exponen casos prácticos como la mediación en exposiciones y recorridos culturales. Igualmente, una vez al año se realiza un coloquio donde se presentan los avances de quienes trabajan esta línea de análisis y se han dirigido tesis que persiguen estos mismos propósitos.

Queda mucho por hacer a nivel institucional. Más allá de la falta de recursos económicos para los proyectos en general de la CNMH, hace falta nos involucremos más en temas de mediación cultural como una vía para la salvaguarda de nuestro patrimonio. También hace falta mayor comunicación entre nosotros como investigadores para generar grupos multidisciplinarios que nos permitan trabajar sobre objetivos comunes. Nos faltan recursos bibliográficos y hemerográficos al respecto de lo que se está haciendo en otros

países en torno a la mediación cultural y, en general, en cuanto a la gestión del patrimonio. También debiéramos estar más cercanos a la parte de la formación de las nuevas generaciones en estos temas.

Después de todo, nuestras posibilidades de sobrevivir como sociedad es hacer de la rápida mudanza cultural en la que vivimos (Yun 1988, 299), una creciente conectividad intercultural y no un aislamiento social que condena la diferencia. Estamos ante la posibilidad de construir conflictos o acuerdos a partir del reconocimiento de la otredad.